

D
A
V
I
D

B
E
R
G
U
E
L
S
O
N

1

DAVID BERGUELSON nació en 1889. Perteneció a la segunda generación de clásicos de la literatura idish. Víctima inocente del culto a la personalidad durante los años 1948/52 en la URSS, fué rehabilitado después de varios años, y parte de su obra editada más tarde en traducción rusa.

Comenzó su carrera literaria en ruso, luego en hebreo y posteriormente en idish. Su primera obra en idish data de 1909 y se titula "Entorno de la Estación". En 1910 su décima obra, "El Sordo", está ubicada en el primer lugar de la literatura idish. Sus obras más importantes son "Todo ha terminado", "Noj aleman", etc. La novedad que hoy publicamos, inédita en castellano, -Luz para los Muertos- es una de sus últimas obras, compuestas después de la última guerra mundial.

LUZ PARA LOS MUERTOS

 N una de las nuevas camas del hospital, en la sala de los enfermos de los ojos, un hombre corpulento, de unos cuarenta años, está sentado. Permanece así, casi sin moverse, despertando en todo el personal del hospital una piedad particularmente aguda. ¡Si siquiera moviese alguna vez el ojo, ya fuera en signo de simpatía o de odio, de calma o de cólera! ¿No se adivina a veces todo el carácter de un ciego en un solo movimiento de sus ojos? Pero los ojos fijos del enfermo están sin vida, y su cuerpo, como si imitara a los ojos, permanece sin movimiento. Desde su despertar, al alba, pone los pies en el suelo y está días enteros en esa actitud, manteniendo su cabeza de

7.1.7 (Fs. 28)

cabellos cortos siempre inclinada en la misma posición nunca más alta, nunca más baja. Podríase creer entonces que no está enfermo de los ojos. ¿Acaso no se formará un abceso en su cuello fuerte y sanguíneo? ¡Vaya uno a saber! Este hombre no conversa nunca con sus vecinos y no habla jamás de él. Evidentemente considera suficiente el hecho de que en alguna parte, en un registro del hospital, esté consignado:

"Nombre: Erofei Seminovitch Trofimov.

Profesión: Ex presidente de un koljós no lejano de Smolensk.

Perdió la vista como consecuencia de una grave contusión en Koenigsberg".

Hablar está bien, pensar es otra cosa. Sin cesar los pensamientos giran en su cabeza como es natural en el hombre. Recuerda haber sido un presidente movido, preocupado, que hablaba con calor, actuaba con fuego, juzgando todo de un solo golpe de vista. Sabía a quién podía confiársele tal o cual asunto y quienes no inspiraban fe, tenía más confianza en sus ojos que en sus oídos, y era más importante para él escrutar el rostro de un hombre que escucharlo hablar.

Un día un grito terrible lo arrancó de ese pasado. Lo lanzó en el mismo momento en que el mundo se oscurecía dentro de él, pero hasta ahora Trofimov continúa sorprendido.

¿Porqué diablos fué entonces tan apresurado? Lamenta todavía ese grito, le parece que está ciego no como consecuencia de una contusión sino a causa precisamente de ese grito que súbitamente escapó de su garganta. Desde entonces no se apura más, no toma más decisiones ni respecto de los otros, ni respecto de sí mismo. Se encuentra en la situación de un hombre que debe emprender un largo viaje, y que no sabe cuánto puede durar eso.

Sentado en su cama del hospital imagina estar en un coche que lo conduce cada vez más profundamente en

la negra noche alejándolo del lugar donde súbitamente la luz del día se apagó para él. A veces le pregunta, casi murmurando, a la enfermera de turno.

-¿Qué fecha es hoy?

Habiendo escuchado la respuesta, reflexiona, luego, sorprendido, dice todavía más bajo:

-¡Ah!, Ah...

Esto significa que está lejos, lejos de aquel último día que había pasado en el frente, y que hace cuatro meses ya desde que se había hundido en las tinieblas.

-¡Ah!, Ah...

Con esto terminaba su conversación con la enfermera. No tenía nada más que preguntar. Habitado desde hacía años a encontrarse en el centro de la actividad del koljós y a dirigir con perseverancia la vida de numerosas familias, sufre cada vez que lo conducen, a él, al mismo Trofimov, de la mano.

Esta expresión de sorpresa no abandona su rostro, aún cuando un gran ruido se produzca a su alrededor. En su hosco aislamiento tiene el sentimiento de que faltándole los ojos para ver no tiene tampoco necesidad del don de la palabra. Permanece entonces frío e insensible a todos los ruidos de la sala, como a todo lo que sucede en el mundo; todo eso no le interesa más.

-Es el más difícil de nuestros enfermos- dijo un día la enfermera al doctor Soifer, que hacía su recorrido en la sala, señalando a Trofimov. Su estado es mucho más grave que el de los otros. Puede quedar veinticuatro horas y aún más sentado sin decir una palabra, hasta el momento en que vienen a preguntarle si no necesita nada.

-Ah, ¡pues mira!- dijo el doctor por pura cortesía, alargando su labio. Era una de sus costumbres cuando, sumergido en sus pensamientos, parecía no esperar nada de lo que se le decía.

Entonces, habiendo despedido la enfermera, se sentó cerca de Trofimov, luego con sus pequeños dedos no muy ágiles, de uñas cortadas hasta la piel, como los niños se puso a tocar las órbitas de los ojos cerrados del ciego.

-¿Tiene Ud. parientes?- preguntó el doctor Soifer para empezar, tratando de desviar la atención del enfermo.

Trofimov no contestó enseguida. Como su voz sonaba sin calor y como lejana -se habría podido decir que llegaba del fondo de una tumba- había que esperar un poco antes de que subiera.

-Sí, tengo parientes...

Erofei Semionovitch tenía pues una mujer y tres hijos en su koljós, a quienes hizo saber, sin precisar, que había sido herido y que se encontraba en tratamiento en un hospital.

-¡Ah, Ah...

El doctor Soifer retiró bruscamente su mano como si hubiera sido quemada en las puntas de los dedos en el lugar que acababa de tocar.

-Pues mira... Pues mira...

Quedaron así durante un momento, uno frente al otro sin hablar. Dos hombres: uno había perdido "conque-ver" inspirando piedad por su desgracia. ¡Un ciego! El otro había perdido los deseos de ver, y, sin embargo nadie consideraba su caso como una desgracia y lo llamaban como antes "Dr. Soifer". Es nativo de

Vilno, allá el modo del que estaba impregnado desde su infancia, está borrado ahora de la superficie de la tierra. Se queda huérfano de padre o de madre, él quedó huérfano de toda una ciudad y de un tercio de su pueblo.

"Es así", si. ¿Y qué?"

Al fin de cuentas no son más que algunos pensamientos fuera de los que no dejan de obsesionar al Dr. Soifer; un suplemento a aquellos de los cuales otras cabezas de hombres están llenas, cuando esos hombres se ocupan de sus asuntos.

"Sucede que los pueblos pierden a sus hijos. Es una gran pérdida, pues él es uno de los que están perdiendo su pueblo..."

¿Qué? ¿Qué es lo que pierde? Pero no se ha escuchado nunca hablar de tal pérdida...

Está bien que trabaje en el hospital, que sea útil días enteros y a menudo aún las noches. ¿Tal vez sea el trabajo lo único que puede mantenerlo en pie?"

Una muchacha viene aquí de tiempo en tiempo a visitarlo. Una muchacha bastante linda, vestida escasamente para el invierno. Llega hasta el hospital y pregunta por el doctor Soifer. El vestíbulo del hospital es para ella una frontera que no atraviesa jamás. Habla en idish con el doctor. ¿Pero de dónde vienen esos cabellos tan rubios en una judía? Su belleza podría parecer poco común si sus ojos no estuvieran llenos de nostalgia luminosa, tan llenos, que ella se esfuerza por mantenerlos semicerrados para que no se desparrame en todo su rostro. El doctor la había encontrado en alguna parte, en un campo de concentración, en el mismo umbral de la muerte.

No era en eso en lo que pensaba el doctor Soifer cuando, sentado cerca de Trofimov escuchó decir de

pronto al ciego.

-¿Entonces, qué será de mí, camarada doctor?

-¿Qué será de mí?

El hecho de que Trofimov no se apurara por hacer saber a los suyos que había quedado ciego y que no quisiera someterse a su destino, había reafirmado en el doctor su primera idea, según la cual algo había sido herido en el fondo del ojo, pero el nervio óptico permanecía intacto. Si Trofimov alimentaba tanta esperanza es que quedaban en él fuerzas ocultas que sostenían esa esperanza.

Todo era así en Trofimov, el que había perdido "con-que-ver-claro". La cuestión es saber qué hacer con el doctor Soifer, que había perdido "qué-ver".

"¿De dónde vienen esas fuerzas ocultas en él, Trofimov, que sostienen su esperanza y en qué consisten esas esperanzas?", pensaba Soifer.

Desde ese día comenzó por llevar al lecho del enfermo nuevos médicos, y se ponía de acuerdo con ellos con vistas a una intervención quirúrgica.

Erofei Semionovitch no comprendía de qué hablaban los médicos cuando se reunían entre ellos, de tiempo en tiempo, cerca de él. Aunque no viera sus rostros, era cada vez más claro para él que ninguno de ellos creía en el éxito de la operación propuesta por el "doctorcito"; así era como llamaban en el hospital al doctor Soifer, a causa de su pequeña estatura.

Cada vez más Trofimov experimentaba el sentimiento de estar condenado por todos los médicos y de que sólo el "doctorcito" tomaba su defensa. ¡Que Dios le acuerde larga vida! Y a medida que aumentaba en Trofimov el deseo de volver a ver la luz, su mujer, sus hijos y su koljós, crecía en él la necesidad de representarse el rostro de su amigo.

Nuevamente vienen a consultarse frente a su lecho. Entre los múltiples dedos -fríos, calientes y tibios- que palpan las órbitas de sus ojos ciegos, reconocía los pequeños de su amigo. Duda mucho de que con dedos como estos se pueda clavar un clavo en la pared, pero tiene confianza en ellos, y su corazón responde con reconocimiento y con esperanza a cada uno de sus contactos.

-¿Quién practicará la operación?- preguntó cuando le rogaron un día que fuera a la mesa de operaciones.

-¡Yo! ¡Yo! -respondió la voz del "doctorcito".

Eso tranquilizó a Trofimov. Habría querido que incluso a la sala de operaciones lo condujera el "doctorcito", en vez de la enfermera. Apoyándose en su hombro hubiera sido más fácil ir a la sala y someterse al bisturí.

Experimenta esa misma sensación más tarde, después de la operación, cuando con los ojos vendados, sentado en su cama, recibe al "doctorcito" que lo interroga sobre su estado.

-Gracias- responde siempre sin apuro Trofimov. En el fondo de él mismo se siente preparado para volver a ver el mundo; pero cómo explicar al doctor esa sensación?

-Espero- dijo un día. Espero que me saquen el vendaje.

-Sin duda... sin duda...

Habiéndose demorado ese día con el ciego, el doctor se puso a hablar con él del injerto de la córnea. -sucede que tal operación sea un éxito; dicho de otra manera, la operación en sí, pero el resultado no se produce inmediatamente y no siempre en las condiciones previstas. Pero...hay que esperar.

Trofimov comprendió entonces que su esperanza podría no realizarse, a pesar de eso hay que esperar siempre.

-Entonces, preguntó, ¿cuándo lo sabremos?

El doctor pareció no haber escuchado.

-Dos semanas, digamos- intentó de nuevo el enfermo.

-Sí, dos semanas más o menos- dijo el doctor, alejándose.

Al fin de la cuarta década de su vida, Trofimov comenzó de pronto a contar el tiempo con más impaciencia que en la época en que siendo niño, lo hacía en vísperas de una fiesta. En realidad, cada uno de esos catorce días fué para él más largo que todo el período de guerra; más largas habrían sido también sus noches si el doctorcito no hubiera tenido el cuidado de dejarle al alcance de sus manos píldoras somníferas.

Sin embargo sucedía muchas veces lo siguiente. toda la sala está sumergida en la oscuridad, los enfermos, incluso los más graves, caen por algunos instantes en uno de esos sueños que actúan como un narcótico. Están entonces adormecidos por sus propios dolores y dejan de quejarse. Es entonces precisamente que Trofimov se sienta en su cama y permanece así inmóvil, como si montara guardia en el límite entre la ceguera y la clarividencia. El narcótico le produce náuseas, lo arrastra al sueño, pero teme abandonarse; le parece que con ese sueño toda esperanza desaparecería para siempre. Así, las trece noches y los doce días torturaron a Trofimov entre la desesperación y la esperanza.

En la decimocuarta noche tuvo para el vendaje, incluso durante el sueño, un extraño sentimiento como para un objeto cruel y viviente, como si sólo esa venda tuviera el poder, una vez retirada, de castigarlo con la ceguera para toda su vida o de hacerlo feliz abriéndole el mundo de la luz.

Esa noche, de dos horas antes del alba, cuando Trofimov, habiendo vencido su adormecimiento, se sentó sobre su cama le pareció escuchar a lo lejos el sonido de grandes campanas. ¿De dónde han salido esas campanas?

Escuchó durante largo tiempo; las campanas sonaban cada vez más fuerte, como antes, durante su infancia, en vísperas de una fiesta. ¿No sería la fiesta de él, de Trofimov?

El doctor Soifer tuvo un sueño. Se vió cuando tenía quince o catorce años. Su madre, viuda, lo conducía hasta el umbral de su casita situada en una de las más estrechas callejuelas de Vilno. Raramente se ve pasar un coche, la callejuela es tranquila. Sin embargo, su madre le decía con mucha inquietud en la voz:

-No te apures, hijo mío, cuando cruces una calle... Para que no te hagas aplastar, ¡gran Dios!

-No te inquietes, mamá -le respondía- voy a lo de mi tía, a dos pasos de aquí, cruzando la calle.

-Si -repite la madre preocupada-, seguramente, ten cuidado, te lo suplico.

El doctor se despertó, entristecido por esa ternura maternal, y de pronto recordó que algo similar había pasado en efecto en su vida. Hubo un momento en que su madre vigilaba permanentemente sus pasos, era en la época en que su hermano mayor, Salomón, un muchacho de veintitrés años pereció en una prisión polaca con otros jóvenes revolucionarios...

De un salto el doctor se desprendió de la cama y se sentó. Por la ventana entraba apenas una luz gris. En traje de calle, con un delantal puesto encima, estaba

sentado en un pequeño diván duro, blanco, en ese consultorio en que estaba de guardia.

Sintiendo todavía por su madre, que acababa de ver en sueños, una profunda nostalgia, dió con los ojos semicerrados un paso hacia la mesita para apagar la lámpara de querosén, que había ardido toda la noche con la mecha baja y que ahora desparramaba una débil luz sobre los pequeños y grandes frascos de medicamentos.

De pronto, habiendo soplado la pequeña llama, se detuvo como con remordimiento por haber apagado la llama votiva que ardía aquí en memoria de su madre.

-“Es extraño”- pensó mirando la lámpara.

Se puso a pensar con fuerza en la sensación que el sueño de hacía un rato había despertado en él; sensación de retorno espontáneo a su infancia, a sus catorce o quince años, cuando su madre vigilaba preocupada sus pasos.

A pesar de todos sus esfuerzos no pudo, hasta ese día, concebir claramente cuándo y en qué condiciones su madre había perecido bajo la ocupación alemana en Vilno, pero una cosa era segura: nadie había pensado siquiera en encender un cirio a su memoria. ¿Quién sabe? ¿Tal vez el aniversario de su muerte sea en estos días, tal vez hoy mismo, en el momento que su corazón está lleno con su presencia como si ella estuviera todavía junto a él? ¿Por otra parte, qué importa si es hoy? Lo esencial es que él siente particularmente su presencia, y que querría conservar esa presencia aunque no fuera sino por ese día...

-Y bien, ¡sea!- decidió.

El doctor Soifer no había permanecido completamen-

//te insensible a la vida judía en la cual había pasado su juventud. Por ejemplo, llevaba una corta barba en el mentón, porque se lo había prometido a su abuela antes de la partida para Bélgica donde hizo sus estudios.

-En verdad, es una barba prometida- dijo un día, pero, ¿cómo se le puede mentir a una abuela que no está en este mundo?

-Bien...bien...

Era con esas cosas que soñaba el doctor Soifer, cuando su corazón desbordaba de recuerdos de su madre asesinada.

"Y bien, dejemos subsistir todavía una vieja costumbre judía que se llama conmemoración. ¿Pero qué hacer en esa circunstancia? ¿Ir a la sinagoga, encender un cirio allá?"

Permanece pensativo, la cabeza baja, en medio del consultorio, y es en esa posición que lo había encontrado la enfermera de los enfermos de la vista.

-Trofimov pregunta si se le saca hoy el vendaje- dijo ella.

El doctor se sobresaltó

-Voy, voy- dijo.

Y comenzó la visita matinal a los enfermos con la cual terminaba su guardia.

Siguió a la enfermera por la sala como siempre, sin embargo...

Igual a un hombre descansando en un día de fiesta,

que sabe que cada trabajo doméstico que haga es en honor a esa fiesta, el doctor Soifer siguiendo a la enfermera, sintió que todo lo que hiciera en ese día sería en recuerdo de su pobre madre.

Había una vez una mujer judía poco locuaz, una madre dulce entre las madres, aunque para todos los hombres su madre es dulce. Ella dejó este mundo llena de preocupaciones por sus hijos, preocupaciones de las cuales están llenas todas las madres antes de morir. He aquí que hoy, acompañado por la enfermera, él, el único hijo vivo de su madre, creía escuchar todavía su voz llena de inquietud.

- "No corras, pequeño, al cruzar la calle..."

Y porqué es el único que sobrevive, es objeto de todas esas preocupaciones maternas. Eso le impone el deber de hacer alguna cosa por ella.

Con sus ojos semicerrados contempla el fondo de la sala bañándose en la semioscuridad del alba. Y no deja de pensar. "Hay que hacer algo por ella" y de pronto, habiéndose apercebido con qué impaciencia lo esperaba Trofimov sentado en su cama, el doctor se detiene, tras tornado por un pensamiento: ¿qué pasará si la operación resulta y le devuelve la vista a Trofimov? ¿No será ese el único cirio digno de ser encendido a la memoria de su madre?

"¡No un cirio, una verdadera luz!"

Levantando la mano detiene a la enfermera que se dirigía hacia Trofimov.

-No, aquí no- dijo.

Había que sacarle el vendaje en la oscuridad; la luz gris del día que nacía comenzaba ya a penetrar en la sala.

Mientras la enfermera preparaba todo lo necesario, el doctor volvió a su consultorio. La lámpara apagada suscitó de nuevo en él un aflujo de ternura, como para un cirio de conmemoración ya consumido...

"Es extraño, pensó meditativo, "Los hombres han creado los "cirios" como intermediarios entre los vivos y los muertos. No han inventado nada mejor".

Contempló un instante la lámpara, como si esperara que esa lámpara apagada le explicara porqué las cosas están hechas así.

Se puso sin apuro, encima de su delantal un saco de piel gastado, y salió al patio del hospital a respirar un poco de aire fresco después de su larga guardia nocturna. Ahí se puso a caminar con pasos menudos, como si tuviera miedo de perder en el camino un poco de esa efeción por su madre, de la cual se sentía tan penetrado.

La semioscuridad prematinal reinaba todavía en los alrededores.

Una nieve fresca había caído en la noche, nieve tan dulce, tan blanca, que antes que ella, podría decirse que la nieve no había existido. Lentamente transcurrían las horas grises en esa mañana pálida, llena de hielo y de niebla; el paisaje estaba como fijo en su inmovilidad, y en ese maravilloso silencio sólo atraía las miradas el humo de las chimeneas.

Por encima del humo centellea un círculo de fuego que se esfuerza en transformarse en sol naciente. Le pareció al doctor que el círculo estaba ese día más bajo que de costumbre y sin embargo se empecinaba. "¡Saldré! ¡Saldré!"

Contemplando la salida del sol, el doctor no olvidó un solo instante lo que tenía que hacer respondiendo

al llamado de su madre. Las palabras casi olvidadas de la vieja plegaria para los muertos, le vinieron a la memoria: "Ligaré su alma al haz de su vida".

Es eso mismo: la vida está por sobre todo. ¿Es posible que tantas generaciones lo hayan dicho antes que él, sin darse cuenta del sentido de esas palabras?

Helo aquí: "No te apures, hijo mío, al cruzar la calle", es la preocupación de una madre para que la vida en su marcha no sea interrumpida. Asesinaron a su madre, pero él, su hijo vuelve al hospital y la ligará de nuevo a la vida. Porque él, uno de sus hijos, de volverá la luz a los ojos de un hombre. Es extraño que esté tan apasionado, como si debiera cumplir con un deber vital.

Subiendo la escalera no escuchaba el saludo de los médicos que se apresuraban para tomar su servicio en el hospital. Había observado que sobre su saco gastado aparecía el borde de su largo delantal; esto le recordó los bordes blancos de los kaitlen que sobresalían sobre los vestidos de los judíos la víspera del iom kipur, antes del canto del kol nidrei. Tal vez por eso es que, volviendo ahora al hospital, el doctor Soifer murmura:

-Con tal que la operación resulte... con tal que la operación resulte.

No dejaba de soñar incluso en el momento en que la enfermera lo introdujo en la habitación oscura donde Trofimov ya estaba sentado.

Palpó en la oscuridad la cabeza del enfermo, luego sacó con precaución el vendaje de sus ojos...

Transcurrieron algunos segundos.

-Veo- dijo Trofimov con la respiración entrecortada

como después de una larga carrera- veo vuestro rostro camarada doctor. Veo con los ojos abiertos.

Ahora eran los ojos del doctor los que permanecían cerrados: sus labios murmuraban.

-Que el hilo de la vida no sea cortado..."Ligaré su alma al haz de la vida"...mamá...mamá.

- o -

Traducción castellana de
Eduardo BROUET, de la
versión francesa de
Claude PARIS.

Del libro "JANUSZ KORCZAK, maestro
y mártir.
de Hanna Mortkowicz-Olczakowa

Prólogo de Igor Newrli

J	K
A	O
N	R
U	C
S	Z
Z	A
	K

Cada verdad aceptada por nosotros tiene solo el valor que le conferimos a través de nuestra propia vida.

Eso es lo que afirmaba.

La verdad de su vida fué el niño, su desamparo y su derecho a una niñez plena y libre; su presente tan importante como su porvenir, ya que reformar al mundo significa reformar la educación.

A esta verdad lo entregó todo: todas sus fuerzas, su saber y su talento, el amor de toda su vida, para sellarlo finalmente con la muerte, como testamento. Una hermosa muerte, porque fué por su propia voluntad, y la más horrible, porque advino en la cámara de gas de un campo de exterminio.

médico Fué médico. En esta profesión adquirió una gran habilidad y conquistó la estima general, pero a la edad de 30 años renunció a la carrera de pediatra que se anunciaba brillante, y a la rica clientela particular, para encerrarse como educador en el Hogar de Huérfanos.

Fué escritor, autor de veintitantas obras, que constituyen una valiosa y muy particular página en la literatura polaca. Escribió para los niños y para los adultos. Recurrió a diferentes formas literarias para su expresión: el cuento, la novela, el ensayo, el relato, la obra teatral, la charla radiofónica... En todas ellas predomina un solo tema y un solo protagonista: el niño. En todas ellas palpita su incomparable conoci-

//miento del alma infantil y una especie de identificación con ella. Acaso, por eso, sin que se resienta el valor artístico de su obra, sabe compartir con tanta soltura e intimidad los sueños y los juegos de los niños y develar con las palabras más simples el misterio del hombre y del mundo. Descubre a los adultos el universo, desde hace mucho olvidado de los primeros sentimientos, problemas y conflictos; enseña a querer al niño con un amor sereno y desinteresado, un amor que linda con la ciencia y la oración.

Pensador inveterado e intransigente, atormentado por la inquietud de la búsqueda de la verdad objetiva y absoluta, desdeñaba la concepción de la verdad nociva; artista rebelde y mordaz, dotado de exquisita sensibilidad e inagotable bondad, Korczak habría enfrentado seguramente dificultades en cualquier sociedad y en toda época. Pero Korczak fué también un goldszmit, y vivió en nuestros tiempos. Esta fué la causa de su tragedia.

Hijo de Josef Goldszmit, abogado, y de Cecilia Gebika, nació en el seno de una familia judía, asimilada desde hacía mucho. Recibió el nombre de Henryk. Se educó en un ambiente polaco, alimentado por la cultura polaca. Fué un hombre noble, un buen patriota.

Los antisemitas polacos de la década del 30 no pudieron, sin embargo, perdonarle su origen judío, emponzoñándole la vida en todo momento y dificultando su trabajo.

Los nazistas alemanes, a su vez, lo recluyeron en el ghetto, para luego asesinarlo junto con otros quinientos mil judíos de Varsovia, en el campo de exterminio. Pudo haberlo evitado. Al otro lado del muro divisorio tenía amigos abnegados y admiradores de su talento. Pero rechazó todas sus propuestas e intentos de salvación.

Marchó serena y dignamente a la plaza de concentración, a la cabeza del cortejo, sobre el cual ondeaba la bandera del Hogar de Huérfanos. En 1962, en el vigésimo aniversario de este crimen perpetrado por el hitlerismo se erigió en Varsovia, la ciudad natal de Korczak, un monumento a su memoria.

- o -

PENSAMIENTOS y REFLEXIONES de KORCZAK

"Quiero enseñar a comprender y amar el creador y mágico "NO SE", pleno de vida y deslumbrantes sorpresas, de la ciencia contemporánea en relación al niño.

Quiero que se comprenda que ningún libro ni médico alguno podrán reemplazar el vigilante pensamiento propio, la atenta mirada propia...

Exigir que alguien nos de las ideas ya elaboradas, es como pretender que una mujer extraña dé a luz a tu propio hijo. Hay ideas que es necesario alumbrar por sí mismo, con dolor, y estas son las más importantes.

- o -

"Un poeta es un hombre que sabe alegrarse mucho y afligirse mucho, que se enoja fácilmente y ama con gran fuerza, que siente intensamente, que sabe conmoverse y compadecer.

Así son también los niños.

Un filósofo es un hombre que medita profundamente y que quiere saber a toda costa cómo son todas las cosas en verdad. Y también así son los niños.

or

Los niños tienen dificultad en expresar lo que sienten y piensan, porque es necesario hacerlo con palabras. Y más difícil aún es escribir. Pero los niños son poetas y filósofos.

- o -

¿Qué otra cosa sino conversaciones, intercambio de ideas, formulación de anhelos, dramatización de su poder, son los juegos tranquilos de los niños? jugar, expresan auténticos juicios, al igual que el autor, que por medio de la acción de una novela o pieza de teatro desarrolla su idea central...

El niño quiere ver, confirmar y experimentar todo aquello de lo cual es posible convencerse; así y queda tanto que debe ser creído de palabra.

Dicen que hay una sola luna, y sin embargo, se ve en todas partes.

- Oye, yo me pararé detrás de la verja y tú, en el día. Cerraron el portón.

- Y, ¿hay luna en el jardín?

- Hay.

- Aquí también.

Cambiaron de sitio y volvieron a hacer la prueba ahora están seguros que hay dos lunas.

- o -

Su verdadero nombre era Max Simón Südfeld. Nació en Budapest, Hungría, en 1849. Murió en París en 1923.

Estudió medicina en la facultad de Pest y al propio tiempo fué colaborador del periódico "Pester Lloyd" al servicio del cual realizó viajes a través de Europa (1873-1875). Perfeccionó sus estudios en París y ejerció la medicina en su ciudad natal. Simultáneamente ganó renombre de escritor incisivo y elegante. Comienza a utilizar su seudónimo de Max Nordau.

A su actividad de médico se añadía toda una tarea político-periodística que lo apasionó, le creó amigos y enemigos. Escribió no solo obras sociológicas, sino también numerosas novelas, piezas teatrales, cuentos, poemas.

Fué funcionario de la Academia Francesa; miembro de la Real Academia de Medicina, de Madrid; comandante de la orden griega de San Salvador y miembro de la Academia del Parnaso.

Junto a Theodor Herzl se convirtió en un activo militante sionista. Sus escritos sionistas aparecieron en alemán (1909-1923), en francés (Ecrits sionistes 1936), en inglés y en hebreo. En 1919 apareció en Berlín un tomo de jubileo, con motivo de su 70º cumpleaños.

Escribió entre otras, "Impresiones españolas" (1920), "Los grandes maestros del arte español (1921) y "Esencia de la civilización", obra filosófica publicada en español en 1932.

M N
A O
X R
D A
U

Aunque sus obras hoy parezcan superficiales, en su época lograron éxito, pues señalaba con ayuda de la psicología, las lacras, hipocrecías y deficiencias de la sociedad moderna.

de DISCURSOS Y ARTICULOS, MAX NORDAU

(Traducción de Sansón Lissin)

Fragmento

El 5 de octubre de 1894, Dreyfus era arrestado. Como corresponsal de la Vossische Zeitung, Nordau hubo de estar presente en todas las audiencias y presenciar la trágica escena del 4 de enero de 1895, en que Dreyfus fué despojado de sus insignias. Quedó conmovido hasta lo más profundo de su ser. Al regresar a su casa exclamó:

- "Este hombre es inocente! Tengo prueba vivísima de ello". Empezó a darse cuenta de lo que significaba el antisemitismo.

Varios meses después, en julio de 1895, el corresponsal judío de otro diario alemán que había presenciado también el proceso Dreyfus y experimentado una sacudida similar, vino a Nordau con una proposición que contenía tanto una confesión como un pedido. Era Theodor Herzl, a quien Nordau conocía desde 1892.

Herzl vino ante su amigo con su proyecto de un Estado judío. Su conversación duró tres días consecutivos. Herzl hubo de probar que lo que parecía un sueño fantástico era el único plan práctico dictado por un largo proceso de la historia, por el pasado, el presente y el futuro. Además, tenía que recibir una certificación de Nordau, el muy conocido psiquiatra, de que

él no era demente como se pretendía. Cuando las conversaciones llegaron a su fin, Nordau tendió sus manos a su amigo y dijo: "Quizás esté loco usted, pero si lo está, yo lo estoy tanto como usted".

Era el primer hombre a quien Herzl convertía al sionismo.

del libro "MAX NORDAU, CANTINELA DE LA CIVILIZACIÓN"

escrito por Anna y Max Nordau

La infancia (fragmento)

Desde niño, el pequeño Max acompañaba a su padre al templo.

Se prestaba dócilmente a todo lo que se le ordenaba. Esperaba humildemente durante las largas discusiones de su padre con los otros eruditos y admiraba su saber. Si a pesar de ello Max Nordau se hizo muy pronto librepensador, es porque su espíritu investigador se rehusaba a aceptar los dogmas y los ritos sin descender al fondo de las cosas. La orden de bajar los ojos en el momento de la bendición de los Cohanim (sacerdotes descendientes de la tribu de los sacerdotes) so pena de quedarse ciego, lo curó definitivamente de la superstición a la edad de 12 años. Habiendo dirigido una mirada audaz al fondo del Santuario, el muchacho no experimentó el más mínimo mal. Salió del templo temblando de emoción. "¿Me habría mentido mi padre?" -se preguntaba en su interior-. "No, reflexionó luego, él lo cree sin duda. Sin embargo, está equivocado". El niño conservó durante mucho tiempo una desazón singular como resultado de esta experiencia, y su fe se desvaneció.

E Méndele Moijer Sforim, seudónimo del es-
N critor idish y hebreo Shalom Yaacov
D Abramovitch, nació en Kopyl, Lituania, en
E 1836. Murió en Odesa, Rusia, en 1917. Se lo
L considera el creador de la moderna literatura
E idish. Se le ha apodado "el abuelo".

Recibió educación tradicional esmerada. Su padre fué el rabino de Kopyl. Se ganó la vida como maestro de escuela.

En 1856 empezó su actividad literaria con un ensayo sobre educación. No tuvo éxitos con sus producciones hebreas y en 1864 resolvió escribir en idish, pues llegó a la conclusión de que es el único idioma utilizable para las masas judías.

Fué entonces cuando adoptó el seudónimo Méndele Moijer Sforim (Méndele, vendedor de libros) personaje popular en la vida judía que iba de lugar en lugar vendiendo libros, generalmente religiosos, y que entraba en contacto con todos los sectores sociales judíos.

La intelectualidad judía en esa época despreciaba el idish por ser éste un instrumento demasiado popular de la expresión literaria. Sólo los libros para mujeres y para personas poco cultas se escribían en idish. La obra de Méndele cambió totalmente ese punto de vista, pues no solo transformó el idioma, dándole ductilidad literaria y haciendo ver su gran potencialidad, sino que creó obras maestras que inmediatamente llegaron al corazón de los lectores.

Su primera obra en idish, Dos kleine ménchele (El hombrécito, 1864), fué un retrato devastador de un influyente judío, favorito del gobierno. En otras novelas describe la estrechez del horizonte intelectual de los judíos del ghetto, simbolizada hasta en el

nombre de la ciudad donde tiene lugar la acción (Glupsk, derivado del ruso y alusión a la tontería o la ignorancia); luego la falta de sentido práctico del luftmench (hombre de aire) del ghetto, y finalmente la plaga del pordiosero en Kabtzansk (del idish Kabtzn, pobre). Méndele supo dar rasgos judíos hasta a la naturaleza y fué el primero en introducir al niño en la literatura judía.

En Di Takse (El impuesto de la carne, 1869), describe los grandes abusos de que el pueblo era víctima, por parte de los usurpadores del poder.

En Di Kliache (La yegua, 1873) exhibe la completa inutilidad de la tendencia a conseguir cultura superior por los judíos en las deplorables condiciones en que vivían. También escribió Fishke der Kruner (Fishke el renegado, 1869), conjunto de relatos cómicos de viaje.

Varias de sus obras se han traducido al inglés, alemán y otros idiomas.

- o -

de "LA YEGUA", de Méndele Moijer Sforim

Comentario introductorio

"La yegua" (Di Kliache), se publicó en Vilna en 1873. Méndele la concibió una tarde, mientras contemplaba desde la ventana de su cuarto el panorama de la ciudad de Jitomir. Vió un carro cargado de ladrillos y tirado por una yegua maltrecha y magullada, a la que el carrero apaleaba con crueldad. El carrero era un judío extenuado y sudoroso, que llevaba un capote raído recogido en la cintura. La escena sumió a Méndele en hondas meditaciones. El carrero no advertía que él era una bestia de carga tanto o más miserable que la yegua. No reparaba en que él estaba a su vez uncido al yugo de los amos de la ciudad, que levantaban casas con el sudor de los pobres. A Méndele le pareció ver esas mismas palabras en la mirada de reproche que la yegua dirigió a su patrón.

Méndele se encerró en su cuarto y dieciseis días después nacían los dieciseis capítulos que tenía originalmente la obra. (En 1903 la rehizo dándole la distribución actual).

- o -

Reencuentro con la yegua - Capítulo IX

Un día que paseaba por las calles del pueblo vi, de lejos a varios agentes de policía que arrastraban a un animal y lo apaleaban furiosamente. Como miembro de la sociedad protectora de animales era mi obligación intervenir. Me dirigí inmediatamente hacia donde estaban los policías para pedirles que tuvieran compasión de aquel ser. Cuando estuve más cerca del grupo, sentí que un sudor frío me cubría todo el cuerpo. ¡Era ella! sí, era ella misma en persona. Esas patillas enruladas ese pesquezo, ese lomo magullado... ¡Era ella, mi vieja, mi pobre yegua desolada!

-¿Porqué le pegan? -pregunté a los policías- ¡Es un pobre ser vivo!

-¡No es cosa tuya. Retírate andrajoso!

-¡Soy miembro de la sociedad protectora de animales!

-La llevamos a la comisaría, respondieron los agentes de mala gana.

-¿Y por qué lo apalean?

-Llevarla así sin golpes, no tiene gracia -se mofaron los agentes. Es como una boda sin música.

-¡Pero es un ser vivo, digno de compasión! ¿Ustedes creen que los palos no le duelen? Y sepan que están golpeando a un ser humano.

-¿Queee...? exclamaron los policías, mirándome iracundos y examinándome con atención.

Aquel "qué" de tres pisos y aquellas miradas escrutadoras me hicieron estremecer de pies a cabeza, me tembló sobre todo la nariz. Casi sin darme cuenta in-

//troduje la mano en el bolsillo y la pasé luego por las manos de los agentes. Instantáneamente cambiaron sus modales. Aprovechando su gentileza, les pregunté como amigo...

-¿Qué delito cometió este ser?

-Este animal no puede andar por la ciudad, de acuerdo con la ley tiene que permanecer en su establo.

-¿Y por qué andan otros por las calles?

-Es inútil que discutamos. Nosotros hacemos lo que nos mandan. Por otra parte y ya que la defiendes tanto, ¿es tuya esta yegua?

Quise responder enseguida que sí, que era mía, pero la miré y me sentí profundamente indignado. La yegua estaba tranquila, indiferente, como si no tuviera nada que ver con aquella discusión, como si no se hablara de ella como si pensara..."¿qué me importa que me ofendan o se rían de mí!", o como si no pasara nada, sencillamente nada. Lo único que le importaba era encontrar algo con que llenarse la barriga.

Llevado por la cólera estuve a punto de exclamar: no es mía, no tengo nada que ver con ella, quise desentenderme y seguir mi camino. Pero sentí enseguida una pena tan grande, que dije con calor:

-¡Por supuesto que es mía!

Para no extenderme mucho relatando toda mi conversación con los agentes, diré solamente que llegamos a un arreglo satisfactorio; les dí su parte y rescaté a la yegua. Pero con la condición de que la sacara de la ciudad; si volvían a encontrarla en la calle, me costaría...más caro.

Cumplí mi palabra; sin pensarlo mucho me puse en marcha con la yegua por el camino que salía de la ciudad.

Imagínense mi situación. El camino estaba sembrado, de a trechos, de pozos, piedras y astillas. Yo, infeliz de mí, iba a pié conduciendo una yegua. Me esforzaba, me empuñaba denodadamente, marchaba delante; ella avanzaba con desesperante lentitud, moviendo apenas las patas. De pronto tropezó y se detuvo, y ya no quiso seguir caminando. Se negó obstinadamente a avanzar. Luego abandonó el

camino y se dirigió a un lodezal del campo. Yo no sabía qué hacer, a qué recurso acudir. La tomé de las crines y la arrastré a la fuerza. Pero el esfuerzo me fatigaba y me cubría de sudor. Me apenaba, además, tironearla de ese modo; sin duda debía dolerle a la pobre. Me detuve, crucé los brazos sobre el pecho, profundamente enojado, y cubrí a la yegua de improperios.

-¡Qué vergüenza! -exclamé iracundo, hablando al azar-. ¡Jamás hubiera pensado que esta yegua me haría sufrir tanto, en pago de mi amistad y mi bondad! ¡La defendí, peleé por ella, la libérté, evité que la maltratasen! Marcho a pié, como un mendigo; estoy perdiendo no solo la dignidad, sino también la salud. Y todo para darle la oportunidad de hacer otra vida mejor, de descansar, de respirar libremente... ¡Vean cómo me paga! ¡Reventándome el hígado, revolviéndome la bilis! ¿Es justo, es digno? ¿Es una vergüenza! Yo hago grandes proyectos para ella, pienso continuamente en ella, y ella desbarata con su comportamiento todos mis planes. Le digo: ¡camina! y se detiene; le grito: ¡por aquí! y se va por el barro. Yo le digo una cosa y ella hace otra. ¿Es justo eso? ¿Es decente? ¿Es un desatino!

Callé un instante y dije luego, agitando un dedo delante del hocico de la yegua: -Si yo montara en tu lomo, te pusiera un freno, y te diera un latigazo, irías a donde te mandara. Al que te monta, yeguita, le tienes mucho respeto, tiemblas ante su sola mirada, y te consideras feliz cuando logras satisfacerlo aunque te desuelle. Pero yo no puedo montarte, que se me pegue la lengua al paladar si te digo -arre- que se me seque el brazo derecho si alguna vez te doy un latigazo. Pobre yegua, reflexiona.

Le dije esas frases de reproche, esa extensa y enérgica reprimenda, con todo el furor que me consumía, con todo el ardor que me quemaba el corazón. Mi aflicción era tanta que me eché a llorar como un niño. La yegua entretanto mordisqueaba tranquilamente pasto a la vera del camino.

Yo estaba desesperado, no sabía qué hacer. Los razo
namientos eran inútiles, las reprimendas no surtían
efecto. No podía hacer nada, ni por las buenas, ni por
las malas. Abandonarla no podía, me apenaba. La yegua
me inspiraba una profunda lástima y me atraía como un
imán. Volví a tomarla de las crines y la arrastré todo
el tiempo que pude. Pedí a Dios que por lo menos no pa-
sara por el camino gente extraña que se reiría de mí y
de mi yegua. Que al menos no vieran los extraños lo que
ocurría entre nosotros, no tenía objeto quitarle la ta-
pa de la olla y revelar su secreto. Pero mi pedido no
fué escuchado. Por desgracia diversas personas aparecie-
ron por ambos lados del camino, gente delicada y gente
vulgar. Todos nos señalaban con el dedo al pasar, hacían
una broma y reían.

-¿De dónde sacó esa yegua tan guapa? ¡Qué apostura
de animal! -dijo uno-.

-¡Largue esa infeliz! -joven- dijo otro. Siga su ca-
mino y deje a la carroña que se dé el gusto. ¿Para qué
se fatiga inutilmente?

-¡No conseguirá nada con este animal! ¿No ve que
huele a yuyos de tumba, a rendición de cuentas?

-¡Móntela hombre, y rómpale las costillas, dijo un
tercero, ya verá cómo levanta las patas y vuela.

-Cárguesela al hombro -opinó otro- Será mucho mejor

...

Solo Dios sabe el pesar que experimentaba al escu-
char esas pullas.

Entre tanto llegó la noche. El cielo estaba cubier-
to de nubes negras, rasgadas de vez en cuando por relámp-
agos fugaces. La yegua seguía con sus caprichos. Yo te-
nía prisa; quería encontrar algún sitio donde pasar la
noche. Comencé a arrastrar a la infeliz con todas mis
fuerzas. Pero entonces ¡asómbrense ustedes!, cuando qui-
se tironear un poco más fuerte que de costumbre, la
yegua se alzó en dos patas y comenzó a tirar coces. ¿Ah
sí?, pensé. ¿Con que esas tenemos? ¿Coces? Buenas no-
ches, entonces. Puedes dormir sola. Yo me voy, y adios

dolores de cabeza. Me ahorraré muchas penurias y me
libraré de ser el hazmerreír de la gente. Pero inmedia-
tamente cambié de opinión. ¡Ah! -reflexioné-, ¿tiras
coces? ¿Estás enojada? ¿Quieres patearme? ¡Bravo! ¡Eso
prueba de que comienzas a sentir; de que te importa. Y
si sientes y te importa, es porque todavía hay esperan-
zas de que finalmente te despabilen. Todo habrá cambia-
do entonces.

Acaricié y abracé cariñosamente a la yegua, y des-
pacio, muy despacio, la conduje a un gran bosque. Allí
entramos a pernoctar.

- o -

ARCHIVO HISTÓRICO
Provincia de Buenos Aires

ISAAC LEON

P
E
R
E
T
Z

Considerado como uno de los clásicos de la literatura judía, Péretz -que nació en Zamosch, pueblecito de Polonia, en 1851-, comenzó a escribir en idish a los treinta y nueve años de edad, cuando había transcurrido más de la mitad de su vida.

Péretz poseía una sólida cultura general, que adquirió por su propio y espontáneo esfuerzo, a escondidas de su familia. En su hogar recibió una educación exclusivamente religiosa y tradicional. La firme voluntad del joven estudioso le permitieron aprovechar sus lecturas desordenadas y metodizar, ampliar y perfeccionar sus conocimientos

Péretz ejerció durante diez años la abogacía en su pueblo natal, alejado de los centros culturales, alternando sus actividades profesionales con frecuentes incursiones en el campo de las letras. Luego se trasladó a Varsovia donde desempeñó hasta su muerte, como empleado de la congregación israelita de la ciudad. A fines de 1890 entró en contacto con Scholem Aleijem, con quien mantuvo una abundante y cordial correspondencia. En esa época comenzó a escribir en idish.

Péretz cultivó la prosa y la poesía quizá preferentemente la poesía, ya que su primer trabajo fué un poema, "Monisch", y otro poema era el que estaba escribiendo cuando lo sorprendió la muerte, en Varsovia, en 1915. Su estilo es jugoso, profundo y simple al

mismo tiempo. Por su forma particular de expresión y orientación ideológica, que lo llevó al lado de los humildes y los explotados, su producción en prosa se concretó a los cuentos breves, relatos de episodios condensados, instantáneas a veces de bruscos contrastes, otras veces de intención difusa y sugerente. Proponía educar a las masas y junto con la elevación del nivel cultural, quiso exhibirles su grandeza y su miseria, revelarles el origen de sus males, depurar su mentalidad de supersticiones y fanatismos para inducirlos a que, sin abandonar lo mejor de su tradición espiritual, supieran obtener la justicia de sus derechos y la satisfacción de sus necesidades.

De esta mezcla de poeta, hombre de leyes y renovador social, amalgamada con un talento de excepción, nacieron las numerosas páginas que han colocado a su autor en el lugar de privilegio que ocupa en la literatura judía.

En la Argentina fué traducido por primera vez por Salomón Reznik.

- o -

Entregamos a continuación, de Péretz, dos obras breves

EL CORAZONCITO PALPITA

La señorita María era algo romándita, algo práctica y en conjunto una muchacha bastante bonita. Un poco de piano, otro poco de francés, vestida con buen gusto, una naricita respingada y ojos a veces claros y a veces azul oscuro.

Una vez tuvo un sueño.

Vió bajar del cielo una balanza cuyos platillos subían y bajaban, sin poder encontrar la posición equili

//brada.

¿Y qué había en los platillos?

Dos ángeles echaban y echaban cosas en su interior.

A un lado -un angel negro (de frac y sombrero de copa)- echaba perlas, brillantes y oro.

Al otro lado -un angel blanco y soñador- lágrimas, suspiros y canciones... En el filoso extremo del fiel estaba atravesado su propio corazoncito. Lo reconoció inmediatamente.

Y su corazón, saltaba de un lado a otro y cada vez se inclinaba hacia otro platillo.

¿Qué quieres oír?

el oro sonar,

canciones cantar,

¿quieres perlas o suspiros?

Así cantaban los ángeles y el corazoncito se agitaba sin saber qué elegir.

De pronto se le ocurrió una idea (nuestras damas tienen ideas también en los sueños).

De un salto se sentó a horcajadas sobre el platillo del oro, las perlas y los brillantes y, para no caerse, puso la cabeza sobre el otro platillo...

El cuerpo estaba sobre oro, plata y brillantes; la cabeza sobre lágrimas, suspiros y cantos; pero el corazón se balanceaba en el medio siempre, siempre...

- o -

EL RELATO DE LA LUNA

 ANSADA de mirar el fino marmol y la blanca luz de gas de la calle, me dí vuelta y eché una mirada sobre una callejuela del suburbio. De una casucha agachada salió un niño descalzo, mal vestido -sus harapos apenas se sostienen- y enfrente, de otra casa, casi una ruina, salió otro niño.

Cuando se acercaron no supe distinguir cuál había salido de cuál casa. Ambos flacos, con ojos ardientes temblorosos de frío y quizá de hambre también.

Escuché lo que conversaban:

-¿Listo?

-¿Y tú?

-¡También!

-¿Comiste?

-No...Papá no trajo.

-El mío está enfermo; mamá llora...

-¿Caminamos?

-Es mejor correr. Hace frío.

-¡Vamos!

Como flechas corrieron rumbo a la ciudad. Los seguí con la vista. Se detuvieron ante una de las casas más hermosas.

-¿Ves? ¡La casa de mi tío! -dijo con orgullo-.

El otro señaló una casa de enfrente.

-¡Esta es la de mi tío!

-¡Pero mi tío compró un caballo árabe por 16.000 pesos!

-¡El mío tiene un coche tirado por cuatro caballos fuertes como leones!

-¡El mío tiene como mil aldeas!

-¡El mío, como cien ciudades!

-¡Tonto! ¡Los muebles de mi tío son de oro!

-¡Animal! ¡Los de mi tío de puros brillantes!

-Pero mi tía con sus perfumes!...

-¡Bah! ¡Mi tía va todos los días al teatro!

-¡Y mi tío, que juega todas las noches a las barajas! ¿Eh?

Largo rato discutieron, hasta llegar casi a las manos. Naturalmente, uno se apartó antes.

-¡Hace frío! -dijo temblando-.

El otro también se retiró un poco:

-¡Tengo mucho hambre! Llama a la casa de tu tío.
 -¡No! -contestó el otro, asustado. ¡Ordenó al p
 tero que me rompa los huesos!
 -¡Mi tío, igual! -dijo el otro.

Ambos bajaron tristemente la cabeza.

-¿Vamos?
 -Mejor correr.

Y en el camino:

-Mañana por la noche otra vez....
 -Sí... Te daré una señal. Cantaré como un gallo.
 -Te contestaré con un maullido.
 -Bueno....

Ambos desaparecieron.

- o -

E R
 M I
 A N
 N G
 U U
 E E
 L L
 B B
 L L
 U U
 M M

Investigador histórico. Colabo-
 ró desde 1927 con la IVO en Polonia.

Nació Emanuel Ringelblum el 21
 de noviembre de 1900 en Buchach (Polo-
 nia). Escribe en 1927 "Hojas litera-
 rias".

Se convirtió Ringelblum en un
 importante constructor de la IVO. No
 se limitaba solamente a copiar docu-
 mentos y archivarlos, sino que anali-
 zaba situaciones y estudiando los ma-
 teriales escribía sus impresiones. Que-
 ría que el instituto histórico judío
 pudiese estar ubicado como otros, en
 el mundo científico internacional.

Trasmitía sus conocimientos a
 los jóvenes y adultos que lo rodeaban.
 En una conferencia dada en Polo-
 nia en 1930 decía:

"Quisiera que la IVO no solo se dedi-
 case a estudiar o recopilar documen-
 tos del pueblo judío disperso por el
 mundo, sino que esta institución pue-
 da ponerse en contacto con todos los
 pueblos del mundo, judíos o no ju-
 díos. Además debería la IVO tomar co-
 mo base al proletariado y dedicarse
 a investigar en primer término los
 problemas de la actualidad. Estamos
 seguros que cuanto más participe en
 la IVO el proletariado judío, se ten-
 drá que transformar la IVO en una
 institución popular".

Organizaba Ringelblum cursos y
 seminarios, orientaba a la juventud.

Los orientaba y les brindaba elementos culturales a través de los clubes que lograba formar. Allí se encontraban para bailar, cantar, escuchar un cuento o una conferencia.

Al estallar la guerra se encontraba Emanuel Ringelblum en Suiza, donde se realizaba el vigésimo primer Congreso sionista, como delegado por el partido de izquierda Poale Sion. Volvió a Varsovia y se puso nuevamente frente a su trabajo, de gran responsabilidad en aquel momento, como redactor de la revista "Aleinhilf". Continuaba realizando más firme que nunca el trabajo esclarecedor con la masa popular que lo rodeaba.

En otoño de 1939 estaba Ringelblum a la cabeza de la delegación del comité coordinador que exigía a la dirección de la Kebila (a quienes los alemanes llamaron Judenrat) no aceptar la formación de un ghetto. Pero cuando los ghettos fueron impuestos se convierte Ringelblum en el guía para la rápida formación de escuelas, clubes, hogares infantiles, actividades culturales. Se llega incluso a fundar una universidad popular.

Organizó grupos de trabajo para recoger, relatar y archivar todos los materiales relacionados a los acontecimientos vividos por los judíos en esos terribles momentos. El mismo se convierte en un estoico cronista de la terrible realidad que lo circundaba, escribiendo ya en 1939 durante las noches sus apuntes.

El 5 de octubre de 1940 realiza una reunión en su propia casa. Se encuentran como invitados, escritores, historiadores, maestros y colaboradores. Plantea Ringelblum claramente la necesidad de documentarse para informar a toda la humanidad y a las futuras generaciones el terrible momento histórico que se estaba viviendo. Dijo Ringelblum:

"Aunque estamos sentenciados a morir, no hemos perdido

"la característica humana y nuestras mentes trabajan como antes de la guerra".

Dirigió la construcción de un archivo subterráneo para el ghetto de Varsovia. Los materiales que ha dejado fueron enterrados en cajas de metal, y se hallaron accidentalmente en Varsovia, bajo los escombros de un edificio de la calle Nowdipki 68.

En marzo de 1944 es denunciado. La gestapo lo encierra junto con su esposa e hijo. Los fusilaron a comienzos de abril. Contaba Ringelblum 44 años de edad. La primera sección del archivo secreto del ghetto de Varsovia fué localizada en Septiembre de 1946 y la segunda en 1950.

- o -

Fragmento del Diario de E. Ringelblum

... Los partidos políticos acostumbraban realizar sus reuniones abiertamente en lugares públicos. Tenían grandes celebraciones públicas. En una de estas reuniones un orador habló a un auditorio activo de 150 jóvenes que pertenecían a un mismo partido. Los nombres de los autores de los artículos aparecidos en los diarios partidarios eran conocidos por todos.

Comenzamos aún a pelear e insultarnos mutuamente como en los buenos tiempos de la pre-guerra. Imaginábamos que nada había pasado. Aún una publicación polaca ilegal como Barykada Wolnosci (barricada de la libertad) era impresa y distribuida en el ghetto. Todos imaginaban que los alemanes eran indiferentes a lo que los judíos pensaban y hacían en el ghetto.

Pensábamos que todo lo que los nazis querían era

destruir el comercio judío, dinero, divisas, que ellos estaban desinteresados de las cuestiones intelectuales. Reconocimos estar terriblemente equivocados. Aquel sangriento viernes (18 de abril) cuando los directores y distribuidores de publicaciones ilegales fueron ejecutados, probó que nuestra vida política no era indiferente para ellos (los alemanes); especialmente cuando tiene alguna conexión con lo que está pasando en la parte polaca, no judía, de Varsovia.

La gente de la Kehila ha tratado de explotar los sucesos del viernes para sus propios propósitos: para reprimir por completo la vida social y política del ghetto. Primero hicieron correr el rumor de que la masacre era debido a la literatura ilegal. Luego advirtieron a la población del ghetto que si esto (las publicaciones ilegales) se repitiera, la suerte de Lublin sería la de Varsovia -es decir-, la deportación del pueblo judío. La única pregunta que nos asalta es: ¿Porqué ha habido masacres semejantes (fusilamientos en los patios de Radom y otros lugares) donde no había literatura ilegal? Una sola opinión es que la masacre del viernes ha rehabilitado al ghetto (moralmente). Esta es la primera vez que la sangre judía es derramada por razones de actividad política (y no meramente personal).

No sé quién de nuestro grupo sobrevivirá, quién será juzgado digno de trabajar con nuestro material. Pero una cosa para todos nosotros es clara.

Nuestros trabajos y preocupaciones, nuestra devoción y constante terror, no ha sido en vano. Hemos infligido a nuestro enemigo un duro golpe. No es importante si la revelación o no de la increíble carnicería de judíos tendrá el efecto deseado. Si la liquidación metódica de comunidades judías enteras se detendrá o no.

Sabemos sólo una cosa -hemos cumplido con nuestro deber. Firmado: EMANUEL RINGELBLUM.

S
H
O
L
E
M
A
L
E
I
J
E
M

Sobre Sholem Aleijem no publicamos datos biográficos por haber editado ya la dirección central de kin derclubes un folleto dedicado a la personalidad y las obras de este escritor con motivo del centenario de su muerte, foellete que aún hay en existencia en el I.C.U.F.

Consideramos interesante la publicación de este comentario de Mimi Pinzón.

- o -

El hombre que supo hacer reír, por Mimi Pinzón.

"Excepcional, magnífico. Pero la gente, ¿de qué se ríe?"

Unamuno



ALGUNOS lo conocían como Sholem, el hijo menor de don Nojem Veviks, un intelectual pueblerino amante de las letras -hebreas, se sobreentiende-, jugador excelente de ajedrez, apasionado fumador, pero más que mediano comerciante. Es tos dirían de él: era un chico alegre, travieso, amigo de jugarretas y chascarrillos, imitador impenitente de cuanto tipo pintoresco se le ponía a tiro, y famoso en la ciudad toda por su hermosa letra y sus conocimientos del tanach.

Otros lo conocieron como Salomón Rabinovich: vivía en la hermosa y turbulenta ciudad de Kiev, era el yerno de un riquísimo hacendado judío y hacía negocios tan desastrosos, que de vez en cuando el suegro tenía que salvarlo de la bancarrota, o la suegra debía empe

//ñer sus joyas, o su mujer, compañera entrañable de toda la vida, tenía que ponerse a estudiar de dentista, para afrontar el serio problema de alimentar a todas las bocas que había en la familia y mandar al hijo "grande" a refaccionar la descalabrada salud a la soleada Italia...

Pero hay un nombre que todo judío conoce y es por ese nombre que se le llama, se le lee, se le recuerda y ama: es Sholem Aleijem. Pregúntese a un judío, cualquiera sea el país, la latitud en que se encuentre, cualquiera sea su edad, instrucción, convicciones, quién es Sholem Aleijem: de inmediato aflorará a su rostro una sonrisa suave, dulce, infantil. Esa sonrisa nos lo habrá dicho todo. Porque esto es Sholem Aleijem. la sonrisa en el rostro del pueblo judío. La alegría del niño en una faz vieja y cansada. El optimismo de vivir en el ánimo de un pueblo perseguido, acorralado, pero jamás vencido.

...Lo leían los sastrecillos y las sirvientas mal pagadas y semidescalzas de los pequeños poblados en la vasta tierra rusa y polaca. Lo leían los pálidos obreros de Whitechapel, después de una agotadora jornada de trabajo. Lo leían los inmigrantes que vinieron "a hacer la América" en los grandes edificios abarrotados de la East Side New Yorkina, después de sudar sangre, sudor y lágrimas en jornadas de 12 y 14 horas en los llamados "sweet-shop" que enriquecieron a algunos y engrandecieron la industria manufacturera de los EE.UU.-

...Y lo leían los inmigrantes que vinieron a la Argentina, tras la quimera "del pan blanco que se come todos los días", y que terminaron por aglutinarse en los conventillos de "las 14 provincias", allá por la calle Lavalle, o en las menos vergonzantes casas de inquilinatos, en Villa Crespo, en La Paternal o en los talleres textiles de Valentín Alsina.

Todo el mundo lo leyó alguna vez. En las alforjas del inmigrante, del judío que cruzaba los mares, había dos clases de libros: el libro sagrado, herencia milenaria de sus mayores en las del religioso y los cuentos de Sholem Aleijem en las del judío laico. ¿Cómo sino, se habría podido sufrir y aguantar el dolor del desarraigo, la nostalgia del hogar abandonado, las tristezas de la patria perdida para siempre, la añoranza de la familia lejana, y afrontar la nueva vida, que era en los comienzos dolorosos y desgarrante como un parto?.

Y allá, en la Rusia que también él tuvo que abandonar un día, perseguido por los mismos progroms, vejado por las mismas humillaciones, privado de libertad como sus personajes, allá, ¿cómo habrían podido vivir sus personajes y sus lectores, si no habría sido por el calor, por la alegría, por la suave sonrisa que le inyectaban sus historias?.

Porque Sholem Aleijem no se ha reído jamás de sus personajes: siempre ha reído con ellos. Nunca les tuvo lástima sólo nos inspira lástima aquel a quien consideramos inferior a nosotros mismos. Y Sholem Aleijem siempre estuvo junto a sus personajes; a su mismo nivel: fué uno de ellos. Sufrió como ellos, y rió como ellos. Fué Menajem Mendl y soñó con fabulosas jugadas de bolsa, sin tener jamás un rublo que mandar a su mujer. Fué Tevie, Tevie el lechero, cuyas hijas siguen la trayectoria de la mujer judía en la Rusia zarista. Tevie, que quisiera comprenderlo todo, para perdonarlo todo... Y fué Motl el hijo del cantor, que siente la grande, la inmensa alegría de bailar con los pies desnudos sobre la hierba con la ternerita... Motl que se considera dichoso porque es huérfano, porque en Kasrilevke hay que llegar a ser huérfano para poder gozar de la atención, de la bondad y del calor de tus semejantes.

La risa es un fenómeno social. Una reacción de grupo. Jamás reímos estando solos, aún cuando lloramos siempre a solas...Y este fenómeno de grupo, esta reacción social era no ya necesaria, sino imprescindible, a las masas empobrecidas, privadas de todo derecho humano y social en la vieja Rusia zarista. Llevando la vida que llevaban, debían dar cauce y salida a sus sentimientos de rebelión, de protesta; debían demostrar de algún modo que estaban vivos. Y lo hicieron por medio de la risa. Se rieron de sí mismos, de su vida, de sus oficios, de sus autoridades religiosas y laicas. De sus penas y de sus pesares. Pero la gente que lee las aventuras de la mujeruca de la olla, del comerciante que le dice al médico. "escúcheme a mí, doctor y no a mis pulmones ni a mi estómago..." La gente que se ríe con Motl, con Tevie, que se autodefine en algún momento como a "Job". Esa gente, ¿de qué se ríe?...

Responder a este interrogante es casi imposible. El hecho de que a Sholem Aleijem se le ha leído y se le lee siempre, quizás responda en parte a este interrogante: la gente siempre ha querido, ha buscado, un poco de alegría, de calor, de bondad. Y se seguirá leyendo a este hombre, en todas las lenguas del mundo. Se le leerá mientras haya en el mundo un hombre que busque una sonrisa para mitigar de algún modo la pena que le roe el corazón... Y se le seguirá leyendo, cuando el hombre sea tan feliz sobre la tierra, como lo es el más luminoso de sus sueños...

- o -

...Cultura es todo aquello, material o espiritual que surge del proceso activo de la humanidad...

Doctorado en filosofía y preocupado por la problemática social de su época se vuelca el Dr. Jaim Zhitlovsky a un análisis profundo sobre la ubicación del hombre judío en el mundo.

J Z

A H

I I

M T

L

O

V

S

K

Y

Nació en Rusia en el año 1865. Sus padres, de una posición económica holgada, pudieron brindarle una educación esmerada. Hasta los 13 años asiste al "jeder" y recibe una educación tradicional judía. Pero a partir del año 1879 cursando estudios secundarios y luego universitarios se aleja de todo lo relacionado con la vida judía y se dedica a estudiar "Literatura Socialista". Junto a sus amigos también estudiantes recorren las provincias de Rusia, se acercan al campesino viendo sus penurias, tratan de instruirlos sobre los derechos humanos y les plantean la necesidad de una unidad para rebelarse contra el régimen zarista.

Los "progroms" contra los judíos inquietan a Zhitlovsky, viaja a San Petersburgo y estudia historia judía.

En 1887 edita su primer libro en idioma ruso. "Ideas sobre el destino histórico de los judíos". Sus ideas y su militancia revolucionaria le obligan a abandonar Alemania donde se hallaba y al refugiarse en Suiza conti-

//múa sus estudios universitarios y en 1892 recibe el título de Doctor en Filosofía. Escribe su primer trabajo sobre temática netamente judía bajo el título "Un judío a judíos". Por medio de este libro invita a los intelectuales judíos a acercarse al hombre de pueblo, en especial del pueblo judío y que de esta manera guiados por ellos puedan hacer un trabajo productivo. Y poniendo el énfasis en el trabajo agrario.

Empapado ya en la problemática judía bucea a fondo el problema y aclara que luchando por el socialismo el judío encontrará su ubicación y mejorará su situación.

Al trasladarse en 1908 a América del Norte inaugura la primera escuela judía (1911) en el país. Es aquí, en América, donde se comienza a conocerlo por sus escritos y conferencias.

Cuando Hitler asume el poder se convierte Zhitlovsky en un incansable luchador antifascista. Organiza a los escritores, poetas y pintores para luchar por la paz contra el nazifascismo. Elegido presidente de las agrupaciones de escritores judíos de su época, exhorta a que sólo la unión entre Norte América y la URSS posibilitaría marginar y anular la fuerza hitlerista.

Incansable luchador, con ideas claras, querido y respetado por todos, muere el Dr. Jaim Zhitlovsky en Canadá el 6 de mayo de 1943 cuando contaba 76 años de edad. Durante una gira que realizaba dando conferencias apoyando a las naciones unidas, bregando por la paz mundial.

Las festividades religiosas judías

por Jaim Zhitlovsky

ASI ten ricas en su contenido poético nacional como los personajes sagrados judíos, son las fechas santas del judaísmo. También ellas han de ser sometidas a la severa depuración de la crítica científica antes de que su espíritu sin mácula pueda penetrar en el edén de la religión poético-nacional.

Consideremos la primera y más importante de las fiestas judías: Pascua. Según los resultados de la investigación moderna se ha de admitir que esta fiesta es mucho más antigua que el pueblo judío; que es una remota, muy remota, fiesta semítica de la primavera, cuyo origen se remonta a lejanos tiempos que se pierden en las brumas del pasado, cuando todos los semitas tuvieron acaso una sola divinidad: Astaroth (Astarté-Ishtar-Venus), la diosa del amor, la madre de todos los dioses semíticos posteriores, del Yahvé judío (Yahvé o Yahveh es, en concepto de los eruditos modernos, la verdadera pronunciación de Jehová, Dios en la lengua hebrea, según la Biblia. N. del T.), del Camush de Moab, de Asur, de Ahrimán, etc. Pero la tradición judía ha vinculado la reviviscencia de la naturaleza con la del pueblo elegido, con su liberación de la esclavitud egipcia.

Todo un conjunto de ramificaciones, la separación de las aguas del mar Rojo y las diez plagas -milagros infantilmente ingenuos-, ha crecido alrededor del sagrado núcleo humano contenido en la leyenda pascual judía. Despojado este núcleo de todas las irrerealidades naturales y de índole histórica que lo rodean, nos encontramos con que relata la historia de un pueblo que durante generaciones y generaciones gemía en la servi

//dumbre hasta que con un poderoso esfuerzo logró liberarse del yugo. Aventuróse por un inhóspito desierto; padeció hambre y sed; más de una vez se encontró al borde del abismo y más de una vez miró a la muerte frente a frente; no pocas veces fué reducido a la impotencia y empujado, pero, estimulado por un ideal que lo impulsaba hacia adelante, alcanzó la meta de sus anhelos. Conquistó la Tierra Prometida.

¿Qué importancia tienen todos los milagros "divinos" imaginados frente al sencillo y maravillosamente bello hecho humano?

Si realmente hay en el mundo un espíritu de libertad que nuestros cantos revolucionarios celebran, seguramente se ha dirigido al pueblo judío con aquellas palabras profundamente sentidas que el profeta Jeremías pone en labios del Dios judío:

"Héme acordado de tí, de la generosa gracia de tu mocedad, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mí en el desierto, en tierra no labrada... Por llanos desolados y caminos oscuros, por una comarca despoblada, por tierra yerma donde la muerte acecha en todas partes, por una tierra que no atrajo a ninguna persona y donde no habitó hombre alguno" (Jeremías, II, 2-6).

Y este hecho histórico de deslumbrante belleza, que fué como la cuna de oro del pueblo judío, es mucho más que un acontecimiento histórico: es un símbolo poético de la lucha genérica del hombre por la libertad, en todos los tiempos, en todas las generaciones, en todas las situaciones humanas; un símbolo de esa lucha estimulada por un gran ideal que lo induce a dejar el Egipto con los hábitos allí adquiridos y a lanzarse "a través de campos y senderos oscuros, de eriales sembrados de muerte", para buscar caminos nuevos aún inexplorados, y atravesar "un país que no atrajo a ningún ser humano y donde no ha habido aún hombre alguno...".

La humanidad toda podría festejar la Pascua judía,

¿y hemos de olvidarla nosotros?

- o -

El ejemplo de Pascua puede dar al lector un concepto claro acerca de lo que llamamos la "humanización de las cosas sagradas de la religión judía". Por eso no nos detendremos en todas las fechas santas de los judíos y nos limitaremos a consignar algunas observaciones sobre las más importantes de ellas.

Pentecostés, como la Pascua, fué en un comienzo una fiesta de la naturaleza pura, o por mejor decir, una fiesta de la agricultura: el primer día de la recolección de mieses en el campo. Pero la tradición judía ha asociado esta fiesta a la leyenda del ofertorio de la Ley. Esta leyenda es también uno de los más bellos rasgos humanos que caracterizan a la antigua religión judía. Despojada de su manto sobrenatural, aunque grandiosamente poético, esa leyenda nos relata que un pueblo que acababa de liberarse de la esclavitud y del embrutecimiento en el destierro, se dió a sí mismo una "ley de la vida", una ciencia de cómo los hombres han de convivir en la paz social.

La investigación moderna ha demostrado, a mi juicio, en forma suficientemente clara, que una gran parte de lo que acostumbramos llamar la Ley de Moisés procede de los pueblos civilizados vecinos de aquella época, sobre todo de Babilonia. Pero si algunos de nuestros enemigos creen que este hecho aminora en medida considerable la originalidad y el maravillosamente elevado nivel moral del pueblo judío, se equivocan por completo. En aquel período de la civilización humana, Babilonia desempeñó aproximadamente el mismo papel que Francia a comienzos del siglo XIX. Y así como aún en nuestra época es difícil hallar una legislación de un país progresista que no se haya incorporado ciertas partes del Código de Napoleón, así también

en aquellos tiempos la incorporación del código de Hammurabi era un signo claro de los pueblos que se encontraban en el más alto nivel de la conciencia jurídica alcanzada por la humanidad.

Pero el pueblo judío no solo había adoptado la legislación de Hammurabi, sino que la transformó y la desarrolló. Y si se compara la Tora hebrea con el antiguo original babilónico, se ve inmediatamente que en su desarrollo siguió el derrotero tan característico del pueblo judío: el derrotero de la máxima justicia social y del ideal humanitario. En su Ley, el pueblo judío no solo alcanzó la más elevada etapa de la civilización de entonces, sino que superó las antiguas civilizaciones "en más de una cabeza", y durante años y años adquirió el derecho de mirarla desde arriba. A la altura de la Ley de Moisés sólo se hallaba en aquellos tiempos el pueblo judío, y la Ley mosaica fué el Monte Sinaí desde el cual los profetas judíos -Amós, Joel, Miqueas, Isaías y Jeremías, pudieron desplegar sus alas de águila y elevarse hasta las supremas regiones celestes del ideal humano.

La Ley de Moisés, quienesquiera que fuesen sus autores, es un importante documento histórico del progreso humano, y ya que el pueblo judío le ha consagrado una fiesta, bien podemos, con la conciencia más pura y junto con él, santificar esos días.

Para nosotros, la Biblia será siempre santa porque constituye, sobre todo, un símbolo de ciencia, porque en ella el pueblo ha reunido todos sus más preciados tesoros de sabiduría y de justicia, declarando por primera vez a la humanidad que esos tesoros son el más sagrado patrimonio de un pueblo y el objeto más importante, en el cual el hombre "ha de pensar día y noche" y que ha de transmitir en herencia a las generaciones futuras.

Si la Pascua es la fiesta de la lucha insurgente

por la libertad, Pentecostés es la fiesta del progreso pacífico, de las ideas que gradualmente se realizan en la vida. La Pascua está cimentada sobre el pesimismo revolucionario, para el cual todo el pasado aparece sumergido en las tinieblas de Egipto y cuya visión sólo se orienta hacia lo prometido, en dirección a la Tierra Sagrada que está tan lejos, a tanta distancia. Pentecostés representa la necesaria compensación optimista. Muestra que la lucha de la humanidad hasta el presente no ha sido en vano. Al vagar por el desierto sucedió la radicación en un país y el aprovechamiento de sus frutos; y se acumularon tesoros espirituales dignos de que se viva por ellos.

Después del Pentecostés viene, en la cronología de las fiestas judías, el Año Nuevo, los Diez Días del arrepentimiento y Yom Kipur, o Día de la Expiación. Estas festividades son más universalmente humanas que nacionales. La atmósfera otoñal de la naturaleza aparece en ellas transformada en el estado de ánimo otoñal de la vida humana. Lo pecaminoso del hombre, su imperfección, su afán de hacer examen de conciencia por el año transcurrido, su anhelo de hacerse mejor, de librarse de las impurezas infiltradas en el alma y la conciencia de la muerte que amaga a cada uno de nosotros, son todos momentos tan serios en la vida moral de todo individuo, que esas celebraciones han merecido con justicia el nombre de "días terribles". Pero ciertamente son días menos terribles para el hombre que tiene fe, que tiene un Dios en el cielo y no solamente un Dios "celoso y vengativo", sino también un "Dios misericordioso", que para el incrédulo que nada puede esperar, que no tiene a quién suplicar, que ha de resolver todos sus serios problemas de la vida con sus propias fuerzas. Pero son, en todo caso, problemas en los que el incrédulo no ha de detenerse menos que el creyente, sino más.

La sola cuestión que se plantea en si tales momen-

//tos tan puramente individuales, tan profundamente ocultos, los más íntimos entre los íntimos, pueden ser sacados a la luz pública.

¿Qué valor tienen todas las manifestaciones de arrepentimiento y ese examen de conciencia, el ansia de hacerse mejor y más noble, si esto se hace por imposición, invariablemente el primer día del mes de Tischri y termina, también invariablemente, el décimo día después de la puesta del sol? Para el hombre de fe pura no es esta una pregunta difícil. Ella se contesta con que Dios así lo quiere. Es esta la época que El ha fijado para que se haga tal examen de conciencia. (1)

(1) Fragmento del ensayo titulado

EL RENACIMIENTO POÉTICO-NACIONAL
DE LA RELIGION JUDIA.

-ooOoo-

INDICE

	Pág.
BERGUELSON David - Datos biográficos	1
Luz para los muertos - Cuento	1
KORCZAK Janusz - Datos biográficos	16
Pensamientos	18
NORDAU Max - Datos biográficos	20
Discursos y Artículos	21
La infancia (fragmento)	22
MEENDEL Moijer Sforim - Datos biográficos	23
La yegua (Capítulo IX)	24
PERETZ Issac León - Datos biográficos	30
El corazoncito palpita	31
El reletto de la luna	32
RINGUELBUM Emanuel - Datos biográficos	35
Fragmentos de su Diario	37
ALSIJEM Sholem	
El hombre que supo hacer reír (de Mimi Pinzón)	39
ZHITLOVSKY Jaime - Datos biográficos	43
Las Festividades religiosas judías	45

ARCHIVO HISTORICO de la Provincia de Buenos Aires

* BERGUELSON

* KORCZAK

* MENDELE

* NORDAU

* PERETZ

* RINGUELBLUM

* ALEIJEM

* ZHITLOVSKY

**¿Por qué
nuestras Instituciones
se llaman así?**

ICUF - COMISION CENTRAL DE KINDERCLUBES